

EDUCAR PARA LA CIUDADANÍA (I)

LORENZO TÉBAR BELMONTE

DIRECTOR DE LA REVISTA "EDUCADORES" Y
ASESOR PEDAGÓGICO DE LA FERE

"Confrontada a la crisis del vínculo social, la educación debe asumir la difícil tarea de transformar la diversidad en un factor positivo de entendimiento mutuo entre los individuos y los grupos humanos.

Su más alta ambición es brindar a cada cual los medios de una ciudadanía consciente y activa, cuya plena realización sólo puede lograrse en el contexto de sociedades democráticas".

(Delors, J. (1996): *La educación encierra un tesoro*. P.56).

AUSENCIA DE DEBATE SOCIAL: PREJUICIOS Y SOSPECHAS

Sólo conocemos la polémica de balcones, las bengalas incendiarias que se lanzan en la prensa de papel o virtual en torno a la implantación de la *Educación para la Ciudadanía* (EpC), nacida de la nueva reforma educativa LOE. Sea bienvenido todo debate que genera un conocimiento más profundo sobre el uso responsable de la libertad, el descubrimiento de criterios de opción y crea una mayor conciencia de los deberes éticos de los ciudadanos. La polémica social que vivimos hoy es síntoma claro de una *falta de información y debate* serio sobre los trascendentes problemas que hoy tiene la educación en la sociedad globalizada y del conocimiento. Es necesario un honesto y sincero diálogo que nos descubra los principios antropológicos y educativos que tiene toda decisión innovadora en el Sistema Educativo. La urgencia e imposición crea sospechas y los argumentos no se esgrimen con claridad. A la larga se ve patente el choque de dos concepciones radicalmente opuestas en sus contenidos y en sus objetivos, de la educación moral de los jóvenes y de la sociedad. Consultar los centenares de páginas -espigadas en la prensa- es el camino para ver los puntos negros de este descabellado debate.

A través de la necesaria reconversión del laicismo, el autor expone cuáles son las claves para entender la polémica que acompaña a esta asignatura.

TEMA DEL MES

En una sociedad neoliberal, postmoderna y sumida en una fuerte oleada de laicismo es natural que aparezcan reacciones airadas. El pretendido protagonismo del Estado puede sonar para algunos a imposición e ideologización. El desconocimiento y falta de diálogo sobre los principios, metas y estrategias de la implantación de la EpC genera críticas viscerales y posicionamientos radicales. La escuela siempre ha formado ciudadanos, aún siendo distintos los ideales y puntos de partida, los educadores preparan y forman a los alumnos para la incorporación y plena participación en la vida social, pues ya la experiencia educativa de cada día en las aulas es una experiencia socializante, ética y ciudadana, donde se aprende a convivir, a respetar a los demás, a ser solidarios y comprometidos con todos.

El clima de descalificaciones y de superficiales argumentos revela la visceralidad de los debates, la falta de información y la trivialidad con que se juzga y se valoran los argumentos. No menos lamentable resulta ver u oír razonamientos de orden moral o religioso, dejando que la polémica contamine y acapare todos los temas pasados y presentes, reales o imaginarios, justos o injustos. Los medios de comunicación en vez de ayudar a clarificar, se posicionan y defienden a ultranza su verdad y ocultan las auténticas preguntas y las razones que a todos nos ayudarían a un mayor acercamiento para el hasta ahora imposible consenso educativo. Los estudios y ensayos de expertos sobre principios éticos, antropológicos, religiosos, etc., lamentablemente no llegan al gran público.

¿DÓNDE NACIÓ LA POLÉMICA EYC?

Quiero recordar los primeros Seminarios organizados por la Fundación CIVES y la Cátedra de Laicismo de la Universidad Carlos III, cuyo rector es Gregorio

Peces Barba, de donde surgió la primera propuesta y donde hallamos las auténticas intenciones de llegar a la nueva formación moral de la conciencia de la juventud española por medio de la nueva asignatura: "El Gobierno habría justificado esta legislatura", proclamaba el rector e impulsor de la EpC (El País: 22.11.04). "Las metas parece que se han rebajado con el tiempo y los ideólogos han escondido sus pretensiones, pero ahí está toda la historia del consenso, empujado por las alarmas sociales y el amago del radicalismo laicista, con todas sus connotaciones educativas hacia una ética laica y la eliminación de contenidos de cultura religiosa en su propuesta curricular".

Se produce una nota unánime de la Conferencia Episcopal (28.02.07): La Iglesia hace una valoración negativa del *laicismo*, que define como "*la voluntad de prescindir de Dios en la visión y valoración del mundo y del ser humano*" (Instrucción Pastoral "*Orientaciones morales ante la situación actual de España*", nº 8). En los manifiestos del PSOE hay grandes pretensiones de cambio ideológico. Se da una confusa ambivalencia a los términos laicidad y laicismo. En la misma instrucción de los Obispos, nº 18, imputan al laicismo y al relativismo moral una serie de leyes y declaraciones, en su opinión, contrarias a la ley natural: "*Como es el caso de la insólita definición legal del matrimonio, con exclusión de toda referencia a la diferencia entre el varón y la mujer, el apoyo a la llamada "ideología de género", la ley del "divorcio exprés", la creciente tolerancia con el aborto, la producción de seres humanos como material de investigación y el anunciado programa de la nueva asignatura, con carácter obligatorio, denominada "Educación para la ciudadanía", con el riesgo de una inaceptable intromisión del Estado en la educación moral de los alumnos, cuya responsabilidad primera corresponde a la familia y a la escuela*".

CLAVES PARA ENTENDER EL PROBLEMA

En el manifiesto socialista se acusa sospechosamente a los "*fundamentalismos monoteístas o religiosos*", de sembrar fronteras, de haber provocado el mayor número de víctimas de la Historia únicamente en el siglo XX. Sostiene, además, que "*sin laicidad no habrá nuevos derechos de ciudadanía, serían delitos civiles algunas libertades, como la interrupción voluntaria del embarazo, entre personas del mismo sexo..., y dejarían de ser delitos el maltrato a la mujer, la ablación o la discriminación por razón de sexo*". Es decir, lo que la instrucción de los Obispos valora negativamente e imputa al laicismo, el manifiesto socialista lo considera un logro de la laicidad.



P. L. Ruiz

Asistimos a un uso acomodaticio y confuso de laicidad y laicismo. La laicidad no es un principio constitucional, como se ve en el art. 16,1-3 de la Constitución española, donde se define el carácter aconfesional y el respeto a la pluralidad ideológica y religiosa, a la vez que se sostiene que los *“poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y mantendrán las consiguientes relaciones de cooperación con la Iglesia Católica y las demás confesiones”*.

En un sentido amplio, podríamos definir la LAICIDAD auténtica aquella que reconoce, sin necesidad de identificarse con ninguna de sus manifestaciones, la apertura a la trascendencia como una dimensión importante y específica del ser humano. O, con otras palabras; la auténtica LAICIDAD es aquella que reconoce que la apertura a la trascendencia del ser humano es intrínseca al ser humano, dadora de sentido y portadora de valores positivos. Sólo en este sentido la laicidad se puede convertir en un lugar de encuentro y acogida, esto supone que la laicidad no debiera ser tutelada por un ateísmo encubierto (entonces sería laicismo).

LA NECESARIA RECONVERSIÓN DEL LAICISMO

Para clarificar el debate enconado, aportamos la reflexión lúcida de Edgar Morin en torno al laicismo obsoleto de nuestros días: *“A partir de ahora, el nuevo combate del laicismo sería el combate para promover una democracia cognitiva. Un esfuerzo semejante necesita evidentemente una reforma de pensamiento. Los maestros tendrían un papel primordial que representar en este nuevo debate”*. (Morin, E. (2002).

En los tiempos que corren no son comprensibles ni las teorías radicales ni las posturas excluyentes. Las opiniones y posicionamientos recientes en torno al debate sobre la objeción de conciencia y al alcance laicista de la asignatura de *Educación para la Ciudadanía*, al menos en sus orígenes, bien merecería un análisis serio sobre estos conceptos tan manipulados.

La nueva asignatura viene a instrumentalizar una dimensión descafeinada de formación ética, cívica y de valores sociales. Pero el hecho es que el sentido del término *“laicismo”* que implica la racionalidad crítica opuesta a los dogmas, preside su enfoque, como afirma Edgar Morin en un artículo aparecido en 1989, en la revista *Le Débat*, tiene plena vigencia clarificadora, y viene reproducido en la obra que encabeza estas líneas, en un anexo titulado: *El agujero negro del laicismo*, que merece ser leído. Queremos recoger en estas líneas las sugerencias del pen-



P. L. Ruiz

sador francés para nuestro contexto educativo.

La regeneración democrática que se propone exige un esfuerzo testimonial y de coherencia sociopolítica por parte de los legisladores. Lanzar este ordago a la escuela no tiene sentido. La escuela está inmersa en un proceso de cambio estructural en sus principios psicopedagógicos, metodológicos y estructurales. Esta escuela necesita una reforma a fondo para responder a los imprevisibles desafíos de la sociedad del conocimiento, de las nuevas tecnologías, de las nuevas competencias y de la formación para los nuevos empleos en la sociedad liberal y globalizada. La nueva ética no se puede imponer con manuales ni con reales decretos.

Los alumnos necesitan un clima social de sana convivencia y de relaciones más cordiales que permita la vivencia de valores ciudadanos en sus centros educativos. La manida acusación de *“crispación”* social tiene su causa en los modos poco ejemplares que se difunden a diario en la TV y en los medios de comunicación, y que influyen negativamente en formación ética de los jóvenes, en su alejamiento de toda contienda y de todo compromiso con la política. Las buenas formas, el respeto y la tolerancia deben verse ejemplificados en los adultos. El negativo espectáculo social, criticado a diestro y siniestro, no es clima favorable para educar en los valores ciudadanos, para formar en una ética responsable, ni tampoco para ayudar a erradicar el vergonzoso fracaso escolar, que afecta al 30 % de nuestros educandos. La escuela así no puede formar en la convivencia ni en la solidaridad, cuando otros destruyen con palabras y gestos ese intento. Ni la verdad, ni la auténtica libertad, ni la justicia se están viviendo como fundamentos de una cultura de la verdad, de la belleza y de la bondad, que son el fundamento, y no otro, para formar personas comprometidas y felices.

EL AGUJERO DEL LAICISMO sigue abierto. Morin denuncia su envejecimiento caduco: *"El viejo laicismo creyó revigorizarse en 1984, en el asunto de la escuela privada, lanzándose contra su viejo enemigo confesional. Pero el sentido del combate se había invertido: Las escuelas privadas se habían convertido en uno de los elementos de una diversidad sana y ya no en la amenaza contra el libre pensamiento"*. El laicismo sigue con su odio radical a todo dogma y a toda religión. -El islam queda al margen porque no ocupa ninguna posición en la enseñanza-. Por eso la *"coexistencia cultural, la integración de los inmigrantes, nos revela en negativo, en vacío, el agujero negro del laicismo"*. Se ha descubierto que estos tiempos globalizados nos han traído una nueva primavera de libertades al mundo. ¿A quién teme ahora el laicismo?

¿QUIÉNES SON LOS ENEMIGOS DE HOY?

Muchos autores nos advierten de los nuevos poderes que están construyendo *una sociedad cada vez más insegura*, con un futuro cada vez más incierto. Los progresos reales no son los más acertados para asegurar la confianza en el futuro. Los avances nacidos de la modernidad llevan inoculada su precariedad y su autodestrucción, puesto que no se asientan sobre auténticos valores. Hay zonas sociales donde "se opera una regresión de la democracia". Muchos de los avances científicos plantean *"nuevos problemas vitales para cada uno, desde el arma termonuclear hasta las manipulaciones genéticas, y dentro de poco tiempo cerebrales, y las que conciernen al nacimiento, maternidad, paternidad, enfermedad, muerte, vida"*. En estos temas es donde se instalan los "comités de expertos", dejando desposeída y en la ignorancia a la sociedad, que vive como soñolienta, sin percibir hacia dónde se orienta su futuro.

¿Qué deben hacer los laicistas? Morin demuestra ser un pensador honesto, al hacer esta recomendación, para que el laicismo tenga sentido y no caiga abatido por sus propios fantasmas. El papel social del laicismo ya no tiene sentido ni en su combate contra los totalitarismos ni contra los radicalismos religiosos. *"El mundo laico debe saber que, como siempre, el nuevo enemigo viene del interior. Hoy ya no se trata de levantar el estandarte de la ciencia, de la razón, del progreso, sino interrogarles, y se trata de movilizarse contra las evidencias impensadas de la Tecnociencia. Y eso es un problema democrático clave"*. Morin cree que estamos mediatizados, manipulados, monopolizados por los científicos, las multinacionales, los bancos, la nomenclatura de especialistas y expertos.

Es imprescindible formar las mentes, enseñar a pensar, a aprender, a ser libres y críticos.

PROMOVER UNA DEMOCRACIA COGNITIVA. Esta es la clave que apunta a la función esencial de la escuela. Tal vez los buenos educadores saben lo que implica esta revolución pacífica de la formación de la inteligencia, y con ella toda la persona. Suscribimos esta acertada y "profética" solución, para la reconversión del laicismo. Ahí tiene un campo de batalla abierto para su beligerancia futura.

El debate de los temas profundos no puede quedar sólo en manos de unos privilegiados ciudadanos que piensan por los demás, que tiene el monopolio y el control de los problemas reales de los demás. Hay que movilizar a las instituciones, las escuelas, las familias, dar el papel formador que merecen y que se debe exigir a los maestros, pero hay que movilizar la conciencia individual de cada ciudadano. El futuro depende de todos, pero el futuro empieza por el primer paso de cada día, especialmente el que dan los que forman a los niños y jóvenes, para que sus vidas se llenen de sentido y se despierten a la responsabilidad y al compromiso social.

La formación del auténtico ciudadano solidario debe orientarse a **SABOREAR LOS VALORES** en la convivencia diaria, a despertar las emociones constructivas, a base de vivencias solidarias y contar con el referente alentador de los adultos en un clima de sano respeto a las ideas, creencias y legítima libertad de opinión, pero con anhelos de verdad, belleza y bondad.

LA FUNCIÓN DE LA ESCUELA CATÓLICA, en este contexto, tiene plena vigencia. Los estudios más recientes en la búsqueda de *programas de calidad, de inclusión escolar*, de estudio de proyectos institucionales para *la acogida a los inmigrantes* y la permanente apuesta por la sana *convivencia en los centros educativos*, siguen impregnando los Proyectos Educativos de la E.C. Aunque el desafío actual y futuro está en *eliminar barreras* al aprendizaje y a la participación de todos los alumnos en su formación integral.

Definitivamente los valores de sentido, de trascendencia y solidaridad, sólo podrán aprenderse si son vividos y saboreados en una sana convivencia, donde cada centro educativo goce de autonomía y de libertad.■